

guian á lo lejos continuaban su mesurado paseo, demostrando con esto que de nada se habían apercibido.

Por el mismo camino regresó Roberto á la casa de su amigo, con la seguridad de que no había sido observado por nadie.

Pero se engañaba por completo.

Había sido visto y oído por dos hombres que á cincuenta pasos de él, en uno de los ángulos de la torre Nueva y ocultos en la oscuridad proyectada por dicha torre, hablaban de un modo que no les impedía ver y oír lo que pasaba á su alrededor, mas no para demostrar que hubiesen visto y entendido.

Estos dos personajes eran el príncipe de Condé y el almirante de Coligny.

Veamos de qué trataban aquellos dos ilustres caballeros que no parecían preocuparse por las piedras que se arrojaran á las ventanas del Louvre en hora tan avanzada de la noche.

V

AL PIE DE LA TORRE NUEVA

«Ahora, dice Brantome en su libro de *Capitanes ilustres*, hablemos de un gran capitán, aun cuando tenga grandes defectos.»

Nosotros hacemos como Brantome, si bien seremos algo más justos con Gaspar de Coligny, señor de Chatillón, que lo fué el cortesano del duque de Guisa.

En otros dos libros nuestros nos hemos ocupado extensamente del ilustre defensor de San Quintín; pero quizás algunos de nuestros lectores no hayan leído *La reina Margarita* ó tengan ya olvidado *El paje del duque de Saboya*, y creemos necesario, por esta razón, dar algunos antecedentes respecto á la familia del famoso *almirante*.

Y subrayamos este título porque nos parece muy extraño que sea el que designe más bien en la historia á quien llevaba nombres tan gloriosos como el de Gaspar de Coligny y señor de Chatillón.

Había nacido en 17 de febrero de 1517 en Chatillón-sur-Loing, residencia señorial de su familia.

Su padre habíase establecido en Francia después de la agregación de su provincia al reino, y ocupaba un rango muy superior en el ejército, habiendo tomado el nombre de Chatillón al hacerse propietario de aquel señorío.

Se casó con Luisa de Montmorency, hermana del condestable de quien hemos hablado con alguna frecuencia, espe-

cialmente en nuestros libros *Ascanio*, *Dos Dianas* y *El paje del duque de Saboya*.

Tuvo cuatro hijos, que fueron Pedro, Odet, Gaspar y Daudelot, de los cuales el primero murió á los cinco años y el segundo, cuyo carácter no tenía nada del belicoso de sus dos hermanos menores, aceptó el capelo de cardenal que el condestable, su tío, puso á su disposición.

En 1522 murió el jefe de la familia, y Gaspar se encontró á la cabeza de ella.

Compañero de Francisco de Guisa, con quien le unió íntima amistad únicamente con motivo de la batalla de Renty, en cuyo hecho de armas cada uno de los dos realizó prodigios de valor, enfriáronse aquellas relaciones, y este enfriamiento fué tomando cada vez más carácter.

Muerto el duque Claudio de Lorena, el duque Francisco y el cardenal su hermano se pusieron á la cabeza del partido católico, y apoderados de las riendas del gobierno, las frías relaciones de los Coligny y los Guisas se convirtieron en odio declarado.

A pesar de esto, el joven Gaspar de Chatillón llegó á ser uno de los personajes más distinguidos de su tiempo. Armado caballero, lo mismo que su hermano Daudelot, por el duque de Enghien sobre el campo de batalla de Cerisoles, donde cada uno de ellos había tomado una bandera al enemigo, fué nombrado coronel en 1544, tres años después coronel general de infantería, y, finalmente, almirante.

Entonces renunció en favor de su hermano Daudelot, á quien quería extraordinariamente, el cargo de coronel general de infantería.

En 1545 los dos hermanos se casaron con dos hermanas de la noble casa bretona de Laval.

En el sitio de San Quintín el almirante defendió con extraordinaria constancia la plaza piedra por piedra, y en el último asalto cayó prisionero con las armas en la mano.

Durante su cautiverio en Anvers, cayó entre sus manos una Biblia, y fué cuando cambió de religión. Su hermano Daudelot era ya calvinista hacía seis años.

La importancia del almirante le designó desde luego como el jefe militar de la religión reformada; mas como todavía no había llegado la ruptura completa entre los dos partidos, Daudelot y su hermano ocupaban en la corte los puestos que á su rango correspondía.

Sin embargo, según dice un historiador de esta época, no tenía la corte un enemigo más terrible que el almirante.

Dotado de una sangre fría, de un valor y de una habilidad extraordinaria, parecía haber nacido para ser lo que era en efecto, el verdadero jefe del partido calvinista.

La persistencia y la indomable energía eran las notas dominantes de su carácter, y aun cuando vencido con frecuencia, era más temible después de sus derrotas que lo eran sus enemigos después de sus victorias.

No contando su rango para nada ni estimando en gran cosa su vida, y dispuesto á cada paso á sacrificarla en defensa del reino ó por el triunfo de su fe, unía al genio de la guerra las sólidas virtudes de los más ilustres ciudadanos.

En medio de una época tan tempestuosa, no podía menos de admirarse aquella frente serena y aquellos ojos de mirada viva y penetrante. Era así como uno de esos robustos árboles que permanecen firmes en medio de las tempestades, como esas grandes montañas cuya cima permanece tranquila en medio de las tormentas, porque aquella cima las domina.

Árbol, la lluvia no conseguiría arrancar su rugosa corteza ni el viento doblegaría su frente. Para abatirle sería necesario uno de esos huracanes que todo lo destruyen.

Monte, se convertiría en volcán, y á cada una de sus erupciones temblaría el trono sacudido hasta sus cimientos, y para cerrar aquel cráter y extinguir aquella lava, tendría que sobrevenir uno de los cataclismos que cambian la faz de los imperios.

Así el príncipe de Condé, genio activo, emprendedor y ambicioso, había de apoyarse en él para librar, durante diez años, batalla sobre batalla á los ejércitos del rey.

El príncipe de Condé, como hemos dicho ya, era el interlocutor del almirante en la noche del 18 al 19 de diciembre ocultos en la sombra proyectada por la Torre Nueva.

Físicamente al menos, ya conocemos al príncipe de Condé por haberle visto entrar en la posada del *Caballo rojo*, y por algunas de las frases que pronunció entonces hemos podido formar una idea de su carácter.

El príncipe de Condé no mostraba todavía lo que era, pero sí se adivinaba lo que podía ser, y esta previsión daba una gran importancia á aquel hermoso príncipe, conocido

hasta entonces solamente por sus locos y pasajeros amores, y que, como su contemporáneo don Juan, podía inscribir en sus extensas listas los nombres de las damas más célebres de la corte.

Tenía veintinueve años, como ya hemos dicho, y era quinto hijo de Carlos de Borbón, conde de Vendome, vástago moderno de todas las ramas de la casa de Borbón.

Tenía por hermanos mayores á Antonio de Borbón, rey de Navarra y padre de Enrique IV; Francisco; el cardenal Carlos de Borbón, arzobispo de Rouen, y Juan, conde de Enghien, que dos años antes murió en la batalla de San Quintín, heredando su título su hermano Francisco.

Luis de Condé no era, en la época que hablamos, sino el último vástago de la familia, teniendo por toda fortuna la capa y la espada, valiendo ésta mucho más que aquélla.

Esta espada la había sacado gloriosamente el príncipe en las guerras de Enrique II y en algunas cuestiones particulares que le habían dado una reputación de valor casi igual á la que se había formado como hombre de buena fortuna, y sobre todo como inconstante en amor.

Para él parecía haberse hecho el axioma de «La posesión mata el amor», porque, efectivamente, desde que poseía dejaba de amar.

Esto era sabido entre aquellas *hermosas damas* de quienes Brantome nos ha escrito la historia galante; pero aun cuando parezca extraño, aquella inconstancia no perjudicaba al joven en el concepto de las señoras, si hemos de creer la siguiente cuarteta hecha en forma de plegaria:

Dios libre de mal á ese hombre
que tan pequeño y tan lindo,
riendo siempre y amando
es digno de ser querido.

Como se ve, el poeta que hizo estos cuatro versos tuvo mejor intención que buena rima; pero como que ellos reflejan el sentimiento de simpatía que inspiraba á las damas de la corte Luis de Condé, nos hemos atrevido á citarlos.

Además, nuestro libro está firmado por Alejandro Dumas y no por Richélet.

La simpatía con que se miraba al joven príncipe, era de

otro carácter, pero no menos enérgica y entusiasta por parte del almirante.

Joven todavía, pues sólo contaba cuarenta y dos años, quería á Luis de Condé como hubiese podido querer á uno de sus hermanos más jóvenes, y á su vez, Luis, carácter caballeresco y aventurero, más inclinado por la naturaleza á estudiar el misterio del amor que á preocuparse por los triunfos ó las derrotas de la religión, católico insustancial que era todavía en esta época, como un estudiante respecto al maestro querido, escuchaba al severo almirante con un oído mientras que de lejos seguía con los ojos el galope de una bella amazona al regresar de la caza ó los cantares de una joven al regresar del campo.

Dicho esto, veamos lo que había sucedido una hora antes de la llegada de Roberto.

El almirante, al salir del Louvre, donde había ido á cumplir su deber cerca del rey, distinguió, con el ojo del soldado habituado á las tinieblas, que había al pie de la torre Nueva un hombre envuelto en su capa, que con la cabeza levantada y como mirando á un balcón que dominaba dos ventanas por las cuales se veía la luz del interior, parecía esperar una señal ó bien que estaba dispuesto á darla.

Poco curioso el almirante, iba á dirigirse hacia la calle de Betsisy, donde vivía, cuando recordó que únicamente un hombre, á una hora en que cualquiera que se aproximase al Louvre estaba expuesto á ser reducido á prisión, podía tener el atrevimiento de pasearse á cien pasos de los centinelas del palacio, y que este hombre debía ser el príncipe de Condé.

Y se dirigió hacia él, y al verle que se iba escondiendo más en la sombra cuanto más se acercaba, le gritó:

—¡Príncipe!

—¿Quién va? preguntó Condé, pues él era en efecto.

—Un amigo, repuso el almirante adelantándose á la par que sonreía por su perspicacia que le había hecho adivinar la persona que observaba.

—¡Es la voz del almirante, si no me engaño! dijo el príncipe dando algunos pasos para salir al encuentro de su amigo.

Los dos hombres se reunieron en el límite de la sombra, y el príncipe atrajo hacia sí al almirante, quedando ambos en completa oscuridad.

—¿Cómo diablos, preguntó el príncipe con cierta expresión de respeto, habéis sabido que estaba aquí?

—Lo he adivinado.

—¡Hola! ¡hola! ¿Y cómo lo adivinasteis?

—De un modo muy sencillo.

—No comprendo...

—Viendo un hombre á corta distancia de los centinelas, me he dicho en seguida que solamente había un caballero en Francia capaz de arriesgar su vida por ver cómo agitaba el viento el velo de una dama, y este caballero debía ser Vuestra alteza.

—Permitidme, querido almirante, que os agradezca la excelente opinión que tenéis de mí, y después que os felicite porque es imposible tener una sagacidad más maravillosa que la vuestra.

—No tanto, dijo el almirante.

—Estoy aquí, dijo el príncipe, mirando la ventana de la habitación no de una hermosísima mujer, porque era casi una niña hace seis meses, pero os aseguro que es una criatura encantadora, de una belleza sorprendente.

—¿Queréis hablar de la señorita de Saint-André sin duda?

—Justo; habéis acertado, respondió el príncipe, y me felicito cada vez más de haberos tomado por amigo.

—¿Qué os felicitáis? ¿Es decir que existe algún interés particular en ello? dijo sonriendo Coligny.

—Y muy grande.

—Veamos cuál es ese interés. Hacedme vuestro confidente, príncipe.

—Porque si no os hubiese tenido por amigo habríais sido un enemigo, en cuyo caso habría tenido en vos un enemigo implacable.

El almirante inclinó la cabeza al escuchar esta lisonja, que procedía de una persona á la cual estaba reprendiendo casi siempre, y se limitó á responder:

—Creo que no ignoraréis, príncipe, que la señorita de Saint-André es la prometida de M. de Joinville, hijo mayor del duque de Guisa.

—No solamente no lo ignoro, sino que á consecuencia de la noticia de ese matrimonio me he enamorado locamente de la señorita de Saint-André. Y creo, y puedo decirlo casi con seguridad, que mi amor por esa dama procede principalmente del odio que tengo á los Guisas.

—Puedo aseguraros, príncipe, que es la primera vez que oigo hablar de este amor. Generalmente vuestros amores os cogen como la golondrina, al vuelo y cantando. ¿Qué clase de amor es este tan nuevo que no ha producido ruido alguno?

—No tan nuevo, querido almirante; data ya de seis meses.

—¿De veras? exclamó el almirante sorprendido.

—Sí, señor, seis meses, día por día. ¿Os acordáis de un horóscopo que una hechicera nos hizo al duque de Guisa, al mariscal de Saint-André y á vuestro servidor en la feria del Landi? Me parece que os referí esa historia.

—Me acuerdo perfectamente. Creo que ocurrió el hecho en una posada situada en el camino de Gonesse á Saint-Denis.

—Precisamente. Pues bien, desde ese día data la revelación de mi amor por la encantadora Carlota, y sea porque la muerte que se me ha predicho me haya producido un amor singular por la vida, puedo aseguraros que desde ese día no he vivido más que con la esperanza de ser amado por la hija del mariscal, habiendo empleado todos los recursos de mi inteligencia para llegar á ese objeto.

—Y sin que esto sea indiscreción, príncipe, preguntó el almirante, ¿fuisteis pagado como merecéis?

—No, primo, no; y he aquí por qué me veis de centinela en este sitio.

—Esperando, como galante caballero que sois, que se os arroje una flor, un guante ó una palabra.

—No espero nada de eso.

—¿Pues qué esperáis entonces?

—Que la luz se extinga y que la prometida del príncipe de Joinville se duerma para que yo á mi vez extinga también mi luz y me vaya á dormir, si es que puedo.

—Y sin duda no será la primera vez que presenciáis con el pensamiento el momento de acostarse la señorita de Saint-André.

—Ni es la primera vez, primo mío, ni será la última. Hace cuatro meses que me doy esta inocente distracción.

—¿Como homenaje á la señorita de Saint-André solamente? preguntó con aire de duda el almirante.

—Como homenaje á ella sola.

—Entonces más que amor, querido príncipe, es un verdadero culto, es la adoración que los indios profesan á sus

divinidades invisibles, según lo que nos cuentan ciertos navegantes.

—La palabra es justa, es un verdadero culto, y es necesario que yo sea tan buen cristiano como soy para no entregarme en absoluto á esta idolatría.

—La idolatría es el culto de las imágenes, querido príncipe. ¿Poseéis acaso la imagen de vuestra diosa?

—La imagen material, repuso el príncipe, no la poseo; pero, continuó sonriendo y apoyando la mano en su pecho, su imagen está aquí, y tan bien grabada que no tengo necesidad de otro retrato que el que vive en mi memoria.

—¿Y qué límites asignáis al monótono ejercicio que estáis haciendo?

—Ninguno. Vendré aquí mientras que ame á la señorita de Saint-André; la amaré, según mi costumbre, mientras que no me conceda nada, y como, según todas las probabilidades, no me concederá lo que yo quisiera para que mi amor entrase en el período de su decadencia, es muy probable que la ame durante largo tiempo.

—¿Qué sér más extraño sois, querido príncipe!

—¿Qué queréis? soy así, en términos que yo mismo no me comprendo. Mientras que una mujer no me concede nada, soy un loco furioso de amor, capaz de matar á su marido, á su amante, de matarla y de matarme yo también, y de hacer la guerra por ella como Pericles por Aspasia, César por Eunoé, Antonio por Cleopatra; pero si ella cede...

—¿Qué?

—Entonces, querido almirante, desgracia para ella y desgracia para mí. La ducha de la saciedad cae sobre mi locura y la extingue.

—Pero ¿qué diablo de placer encontráis velando á la claridad de la luna?

—Un placer enorme cuando se vela bajo las ventanas de una mujer encantadora. ¡Oh! vos no comprendéis esto, vos hombre grave y austero, que cifráis toda vuestra dicha en el éxito de una batalla ó en el triunfo de vuestra fe; pero yo ya es diferente: la guerra no es para mí más que una paz entre dos amores, un amor viejo y un amor nuevo. Yo creo verdaderamente que Dios no me ha puesto en el mundo sino para amar, y que no soy bueno para otra cosa. Por otra parte, esta es la ley de Dios. ¿No nos ordena amar

nuestro prójimo como á nosotros mismos? Pues bien, excelente cristiano como soy, amo á mi prójimo más que á mi mismo, solamente que le amo en su más bella mitad, bajo su forma más agradable.

—¿Pero no habéis vuelto á ver á la señorita de Saint-André después de la feria del Landi?

—¡Ay, querido almirante! es toda una larga historia, y á menos que no estéis decidido, á pesar de la futilidad de mi lenguaje, á permanecer en mi compañía durante una larga media hora, como buen pariente que sois, os aconsejo que no insistáis y que me dejéis solo con mis sueños y mi diálogo con la luna y las estrellas, que para mí son menos luminosas que ese resplandor que se advierte á través de las ventanas de mi divinidad.

—Querido primo, contestó riendo el almirante, tengo respecto á vos proyectos para el porvenir que no podéis suponer; por lo tanto, me interesa estudiaros bajo todas vuestras fases, y la en que os mostráis hoy me parece, no sólo una faz, sino una fachada. Vamos, abridme todas vuestras puertas á fin de que cuando yo quiera hacer un verdadero Condé, un gran capitán, sepa por cuál podré entrar, y si en lugar del héroe que busco no encuentro más que un Hércules hilando á los pies de Omphale ó un Sansón durmiendo sobre las rodillas de Dalila, sepa yo por cuál he de salir.

—Entonces será necesario que os diga toda la verdad?

—Toda.

—¿Como á un confesor?

—Más todavía.

—Os prevengo que es una verdadera égloga.

—Los mejores versos de Virgilio no son otra cosa que églogas.

—Empiezo entonces.

—Os escucho.

—Ya me detendréis cuando tengáis suficiente.

—Os lo prometo; pero creo que no os detendré.

—¿Qué grande y qué sublime político que sois!

—¿Sabéis, querido príncipe, que parece que os estáis burlando?

—No me digáis eso, porque me mortifica, y...

—Vamos, empezad.

—Era el mes de septiembre último, después de la caza

que los de Guisa ofrecieron á toda la corte en el bosque de Mendón...

—Recuerdo haber oído hablar de ello, aunque no estuve entonces.

—Os acordaréis también que, terminadas las cacerías, la reina Catalina se dirigió con todas sus damas de honor, su escuadrón volante como se le llama, al castillo de M. de Gondy en Saint-Cloud. Ya os acordaréis, porque estabais allí.

—Perfectamente.

—Pues si vuestra atención no se distrajo por más graves objetos, recordaréis que durante la cena una joven llamó por su hermosura la atención de la corte y particularmente la mía. Era la señorita de Saint-André. Después de la cena y durante el paseo por el canal, una joven excitó por su gracia y su discreción la admiración de todos los invitados y particularmente la mía: era la señorita de Saint-André. Finalmente, por la noche en el baile todas las miradas, y particularmente las mías, se volvían hacia una bailarina cuya gracia sin igual arrancaba sonrisas de todos los labios, murmullos lisonjeros de todas las bocas y miradas de admiración de todos los ojos: era siempre la señorita de Saint-André. ¿Os acordáis de esto?

—No.

—Tanto mejor, porque si lo recordaseis no valdría la pena de que yo os lo contara. Ya comprenderéis que la llama encendida tímidamente en mi corazón en la posada del *Caballo rojo* se tornó en Saint-Cloud en hoguera abrasadora, resultando de esto que una vez terminado el baile entré en la habitación que se me había destinado, y en lugar de acostarme, cerrar los ojos y dormir, me asomé á la ventana y empecé, pensando en ella, á caer en dulcísimo ensueño. ¿Cuánto tiempo permanecí así? No lo sé. De repente y á través del velo que los amorosos pensamientos extendían delante de mis ojos, creí ver agitarse un sér casi tan inmaterial como la brisa que pasaba agitando mis cabellos; era, así, una cosa tan ligera como un vapor condensado, una sombra blanca que se deslizaba á través de las alamedas del parque y que justamente vino á detenerse al pie de mi ventana, apoyándose en el tronco de un árbol cuyas hojas llegaban hasta la celosía de mi ventana. Reconocí, ó mejor dicho adiviné, que la hermosa hada nocturna era Carlota de Saint-André, y ya estaba dispuesto á saltar por la ventana

para llegar más pronto cerca de ella y caer á sus pies, cuando una segunda sombra, menos blanca que la primera pero casi tan ligera, franqueó el espacio que mediaba entre una y otra alameda. Esta sombra indudablemente pertenecía al sexo masculino.

—¡Hola! murmuró el almirante.

—Esta fué justamente la exclamación que me permití, prosiguió Condé; pero las dudas injuriosas que acababan de nacer en mí respecto á la virtud de aquella dama, no fueron de larga duración, porque las dos sombras se pusieron á hablar y el rumor de sus voces llegó á mis oídos á través de las ramas de los árboles y de los intersticios de mis celosías, lo mismo que había reconocido á los actores de la escena que tenía lugar á veinte pies debajo de mí, y me enteré de lo que decían.

—¿Y quiénes eran los actores?

—La señorita de Saint-André y el paje de su padre.

—¿De qué hablaban?

—Se trataba sencillamente de una partida de pesca para la mañana siguiente.

—¿Una partida de pesca?

—Sí, primo. La señorita de Saint-André es fanática por la pesca de caña.

—¿Y para arreglar una partida de pesca se daban cita á media noche en el parque una joven de quince años y un paje de diez y nueve?

—Yo dudaba como vos, querido almirante, y debo decirlo que el paje pareció algo desconcertado cuando, habiendo llegado agitado y halagado por otra esperanza sin duda, escuchó de los labios de la señorita de Saint-André que le había dado aquella cita con el objeto de rogarle que se procurase dos cañas, una para ella y otra para él, con las cuales debía encontrarse á la mañana siguiente á las cinco en las orillas del canal. Y tan mal efecto debió hacerle al paje aquella llamada, que hubo de decirle:

«—Pero, señorita, si era únicamente para pedirme una caña para lo que me habéis hecho venir, era inútil tan gran misterio para una cosa tan sencilla.

»—Os engañáis, Jacobo, respondió la joven, en esa apreciación que hacéis. Porque desde que las fiestas han comenzado estoy tan festejada, tan adulada y tan rodeada de adoradores lisonjeros, que si os hubiese pedido ese objeto

y hubiera sido conocida mi intención, habría encontrado mañana á las cinco las tres cuartas partes de los caballeros de la corte, comprendiendo entre ellos á M. de Condé, esperándome en las orillas del canal, y debéis comprender que semejante concurrencia habría asustado á los peces en términos que quizás ninguno hubiese picado en el anzuelo. Y yo no quiero esto. Quiero mañana, acompañada por vos únicamente á pesar de lo ingrato que sois, realizar una pesca asombrosa.

»—¡Oh! sí, señorita, dijo el paje, ¡soy un ingrato!

»—Conque está convenido, Jacobo; á las cinco.

»—Yo estaré á las cuatro.

»—Pero no pescaréis antes que yo ni sin mí.

»—Os prometo que os esperaré.

»—Está bien. Tomad en pago, he aquí mi mano.

»—¡Ah! señorita, exclamó el joven cogiendo aquella mano tan linda y cubriéndola de besos.

»—¡Basta, basta! dijo la joven retirando su mano. Os he permitido tocarla, pero no besarla. Buenas noches, Jacobo; hasta la cinco á orillas del canal.

»—Venid cuando queráis, señorita; yo os esperaré allí.

»—¡Alejaos, alejaos! dijo la señorita de Saint-André, haciéndole con la mano un signo para que se alejase.»

El paje obedeció al instante sin replicar, como un genio obedece al encantador de quien depende, y en menos de un segundo había desaparecido. La señorita de Saint-André permaneció todavía un momento allí, y después, segura que nada turbaba el silencio de la noche ni la soledad del jardín, desapareció á su vez creyendo no haber sido vista ni oída.

—¿Pero estáis seguro, querido príncipe, que aquella encantadora deidad no os había adivinado en vuestra ventana!

—¡Ah! mi buen primo, parece que os complacéis en marchitar mis ilusiones.

Después, aproximándose al almirante, prosiguió:

—Pues bien, profundo político, hay momentos en que no lo juraría.

—¿El qué?

—Que ella no me había visto, y que aquella caña y aquella partida de pesca, y aquella cita á las cinco de la mañana, no fuese más que una comedia.

—Entonces...

—¡Oh! yo no niego jamás cuando se trata de una intriga femenina, repuso el príncipe, y cuanto más joven y más inocente es la mujer menos lo niego; pero convenid, querido almirante, que si fué así era una habilidad extraordinaria.

—No os digo lo contrario.

—Ya comprenderéis que el día siguiente á las cinco yo estaba emboscado en las inmediaciones del gran canal. El paje cumplió su palabra; allí estaba antes de amanecer. En cuanto á la bella Carlota, apareció como la aurora, un instante antes que el sol, y con sus dedos sonrosados cogió de las manos de Jacobo la caña de pescar. Hubo un instante en que me pregunté por qué necesitaba un compañero de pesca, pero bien pronto comprendí que aquellos dedos tan encantadores no podían tocar el cebo que había de poner en los anzuelos y desenganchar los pescados que sacara si el paje no hubiera estado allí para evitarle tan repugnante operación. La partida de pesca duró hasta la siete, no quedando á la bella y elegante joven más que el placer, y éste debió ser muy grande porque los dos jóvenes reunieron una magnífica pesca.

—Y vos ¿qué cogisteis, querido príncipe?

—Un constipado fenomenal, porque tenía los pies en el agua, y un amor feroz, del cual ya veis las consecuencias.

—¿Y creéis que ella ignoraba que estabais allí?

—Puede que sí, querido primo; pero en verdad os digo que cuando alzaba la caña arqueaba el brazo con tanta gracia, y al aproximarse á la orilla del canal se alzaba la ropa con tanta coquetería, que aquel brazo y aquella pierna me hicieron perdonarlo todo, porque si sabía que estaba allí era por mí por quien hacía todo esto y no por el paje, teniendo en cuenta que yo estaba á su derecha y era el brazo derecho el que arqueaba y la pierna derecha la que me dejaba ver. En resumen, querido almirante, si es inocente yo la amo, y si es coqueta, tanto peor, la adoro. Ya veis que de una manera ó de otra estoy bien enfermo.

—Y desde entonces ¿qué ha sucedido?

—Desde entonces, primo, he vuelto á ver ese brazo encantador y esa pierna, pero de lejos, sin poderme reunir nunca con la dueña de esos hechiceros tesoros, porque apenas me ve por un lado, debo hacerle justicia, se marcha por otro.

—¿Y cuál será el desenlace de esa pasión muda?

—¡Oh Dios mío! preguntádselo á otro más sabio que yo, querido primo, porque si esta pasión es muda como habéis dicho, es al mismo tiempo sorda y ciega, es decir, que no escucha consejos y no ve ó no quiere ver más allá de la hora presente.

—Pero vos debéis, querido príncipe, dentro de un plazo más ó menos largo, esperar una recompensa para esa servidumbre tan cjemplar.

—Naturalmente; mas ese porvenir está tan lejos, que no me atrevo á mirarle.

—Pues creedme, no le miréis.

—¿Por qué decís eso, señor almirante?

—Porque no veréis nada, y esto os descorazonará.

—No os comprendo.

—Y es bien fácil de comprender; mas para ello necesitáis escucharme.

—Hablad.

—Vos esperaréis una cosa, querido príncipe...

—Cuando se trata de la señorita de Saint-André, lo espero todo.

—Pues voy á deciros la verdad completamente desnuda.

—Señor almirante, hace tiempo os profeso la respetuosa ternura que se tiene á un hermano mayor y el tierno afecto que se le profesa al amigo. Vos sois el único hombre en el mundo en quien reconozco el derecho de aconsejarme, con lo cual quiero deciros que lejos de rechazar la verdad de vuestros labios la solicito humildemente. Hablad.

—Gracias, príncipe, respondió el almirante, que comprendía la influencia poderosa que el amor podía ejercer en un temperamento como el de Condé y que por consecuencia concedía una grave importancia á cosas que en otra persona que no fuera el hermano del rey de Navarra hubiera considerado como frívolas. Gracias, vuelvo á repetiros, y una vez que tan predispuesto os hallo os diré la verdad completa: la señorita de Saint-André no os ama; la señorita de Saint-André no os amará nunca.

—¿Seríais acaso algo astrólogo, señor almirante, y para hacerme semejante predicción habéis interrogado los astros por mí cuenta? dijo el príncipe.

—No por cierto. ¿Y sabéis por qué no os amará nunca? añadió el almirante.

—¿Cómo queréis que sepa eso, cuando precisamente pongo en juego todos los recursos para ser amado?

—No os amaré porque no amaré jamás á nadie, ni aun á ese pajecito que me habéis indicado. Es un corazón seco, un alma viciosa. La he conocido niña, y sin tener la ciencia de astrología que me suponíais hace un momento, me he predicho á mí mismo que esa mujer jugaría un gran papel en esa gran casa de corrupción que tenemos ahí delante.

Y con un gesto de supremo desprecio señaló el almirante el palacio del Louvre.

—¡Hola, hola! He ahí un aspecto nuevo bajo el cual no la había visto todavía.

—Apenas contaba ocho años y ya jugaba á la cortesana consumada, á la Inés Sorel, ó á la señora de Etampes. Sus compañeras le ponían una diadema de cartón en la cabeza y la paseaban por su palacio gritando: «¡Viva la reina pequeña!» Pues bien, ella ha conservado desde sus primeros años el recuerdo de este reinado de niña. Pretende amar á M. de Joinville, su prometido, y miente; lo aparenta nada más; ¿y sabéis por qué lo hace? porque el padre de M. de Joinville, M. de Guisa, mi antiguo amigo y hoy mi enemigo encarnizado, será, si no se le detiene, rey de Francia dentro de poco.

—¡Diablo! ¿es esa vuestra convicción, primo?

—Sincera, mi querido príncipe; de donde yo deduzco que vuestro amor por la bella dama de la reina es un amor desdichado del que debéis desprenderos cuanto antes.

—¿Esa es vuestra opinión?

—Que os la he dado con entera lealtad.

—Y yo, primo, empiezo por deciros que la aprecio como me ha sido dada.

—Sí, pero no la seguiréis.

—¿Qué queréis? uno no puede ser dueño de sí mismo.

—Por el pasado, querido príncipe, juzgad el porvenir.

—Debo confesar que hasta ahora Carlota no ha demostrado marcada simpatía respecto á mí.

—Ya comprenderéis que eso no puede durar. Sé que vos pensáis con alguna más cordura.

—Ya sé que de continuar así me expongo, si es conocido mi proceder, á que se me desprecie. Pero hay cosas que no se pueden remediar. Esa ternura que Carlota no siente por mí, no puedo evitar que mi corazón la sienta por ella. Ya

veo que os encogéis de hombros. ¿Qué habéis de hacerle! ¿Soy acaso libre para amar ó no? Si yo os dijera á vos, que habéis sostenido por tres semanas el sitio de San Quintín únicamente con dos mil hombres, cuando vuestros contrarios ascendían á cincuenta ó sesenta mil entre flamencos y españoles de Manuel Filiberto y de Felipe II de España: «Vas á sitiar á tu vez esa plaza que cuenta con treinta mil defensores y tú no cuentas sino con diez mil»; ¿rehusarías el asalto de San Quintín? No por cierto. ¿Y por qué? Porque sabéis, por la experiencia adquirida en la guerra, que no hay plaza inexpugnable para los valientes. Pues bien, primo, sin que esto sea vanagloria, creo que yo tengo, respecto al amor, la misma idea que vos tenéis respecto á la guerra, y así como vos decís: «Ninguna plaza es inexpugnable», os digo yo á mi vez: «No hay ninguna mujer imposible»; y puesto que vos me habéis dado el ejemplo en lo primero, permitidme que os lo dé en lo segundo.

—¡Ah príncipe, príncipe! dijo melancólicamente el almirante, ¡qué gran capitán hubieseis sido si en vez de los deseos carnales que se agitan en vuestro corazón, otras pasiones más nobles hubieran puesto la espada en vuestras manos!

—Queréis aludir con eso á la cuestión religiosa ¿no es verdad?

—Sí, príncipe, y ruego á Dios que os haga uno de los nuestros y, por consecuencia, uno de los suyos.

—Querido primo, dijo Condé con su habitual alegría, pero dejando transparentar en el fondo de ella la voluntad del hombre que, sin demostrarlo, ha reflexionado sobre aquel asunto; vos no lo creeréis quizás, pero respecto á la religión tengo ideas casi tan arraigadas como respecto al amor.

—¿Qué queréis decir? preguntó el almirante sorprendido.

Desapareció la sonrisa de los labios del príncipe, que continuó hablando con seriedad.

—Quiero decir, señor almirante, que tengo mi religión, mi fe, mi caridad, todo exclusivamente mío, y que para honrar á Dios no tengo necesidad de la intercesión de nadie. Así es que mientras no podáis probarme que vuestra nueva doctrina es preferible á la antigua, dejad que yo conserve la religión de mis padres, á menos que no tenga un día el capricho de cambiar para hacer la contra á M. de Guisa.

—¡Válgame Dios! murmuró el almirante; ¿y de ese modo

vais á gastar esos tesoros de fuerza, de juventud y de inteligencia que el Eterno os ha dado, sin emplearlos en provecho de alguna causa grande y poderosa? Ese mismo odio instintivo que tenéis por los Guisas ¿no es acaso un aviso providencial? Despertad, príncipe, y si no os decidís á combatir á los enemigos de vuestro Dios, combatid al menos contra los enemigos de vuestro rey.

—Vos olvidáis sin duda, primo, que yo tengo un rey exclusivamente mío, como también tengo un Dios que es mío igualmente. Es verdad que tanto como mi Dios es grande, mi rey es pequeño. Este rey, querido almirante, es el de Navarra, mi hermano; ese es mi verdadero rey. El de Francia no puede ser para mí sino un rey de adopción.

—Y sin embargo, príncipe, os habéis batido varias veces por ese rey.

—¡Oh! es que yo me bato por todos los reyes según mi capricho, como amo á todas las mujeres según mi fantasía.

—Es decir que con vos es imposible hablar seriamente, dijo el almirante.

—Por ahora sí, respondió el príncipe con cierta gravedad. Más adelante hablaremos de eso, querido primo, y os contestaré como debo. Me consideraría como un desgraciado y un mal ciudadano si consagrara mi vida entera al solo servicio de las damas. Sé que tengo deberes que cumplir, y que la inteligencia, el valor y la discreción, dones preciosos que he recibido del Señor, no se me han concedido únicamente para cantar serenatas al pie de los balcones. Pero tened paciencia, mi excelente amigo, dejad que se escapen estas primeras llamas de la juventud; pensad que no tengo todavía treinta años, y que á falta de otras guerras necesito emplear en algo esta energía que siento en mí. Perdonadme, por lo tanto, esta aventura, y puesto que no he recibido el consejo que me disteis, hacedme la merced de darme el que os pido.

—Hablad, corazón loco, dijo paternalmente el almirante, y quiera Dios que el consejo que os dé os pueda servir de algo.

—Señor almirante, dijo el príncipe de Condé cogiendo el brazo de su primo, vos que sois un gran general, un gran estratégico, y sin duda alguna el primer hombre de guerra de nuestra época, decidme qué haríais si estuvierais en mi lugar, para entrar á esta hora, es decir, cerca de

media noche, en las habitaciones de la señorita de Saint-André para decirle que la amabais.

—Comprendo, querido príncipe, que no os curaréis por completo mientras no conozcáis á la que os seduce. Más por haceros un favor que por ayudaros en vuestra locura hasta que ésta deje su lugar á la razón, voy á complaceros.

—Hablad.

—Pues bien, yo en vuestro lugar...

—¡Silencio! dijo Condé, volviendo á penetrar en la sombra.

—¿Qué es?

—Me parece que veo algo así como un segundo galán que se aproxima á la ventana.

—Pues es verdad, repuso el almirante mirando en la dirección indicada por el joven.

Y siguiendo el ejemplo de éste, desapareció también en la oscuridad.

Entonces los dos, inmóviles, conteniendo hasta la respiración, vieron á Roberto Stuart recoger la piedra, atar el billete y lanzarle contra la ventana iluminada.

Escucharon el ruido de los vidrios rotos y vieron al desconocido, á quien habían tomado por un galán, y que ya sabemos que no tenía nada de esto, huir y desaparecer cuando tuvo la certeza de que el proyectil que había lanzado llegó á su destino.

—He aquí, dijo Condé, que reservando para otra ocasión vuestro consejo, me parece que ahora no le necesito.

—¿Por qué?

—Porque creo que he encontrado el medio apetecido.

—¿Cuál es?

—Bien sencillo. Esa ventana rota es la que pertenece al mariscal de Saint-André, y debéis comprender que lo hecho no ha sido con buena intención.

—Pero bien; con todo eso ¿qué?

—Figuraos que yo salía del Louvre, que he oído el ruido de los vidrios rotos, y temeroso que esto no fuera el resultado de algún complot urdido contra el mariscal, á pesar de la hora tan avanzada de la noche no he podido resistir y he subido, impulsado por el gran interés que me inspira, á saber si le había sucedido algo.

—¡Oh loco, más que loco! dijo el almirante.

—Os pedía un consejo; ¿podíais haberme dado otro mejor?

—Sí.

—¿Cuál?

—No ir.

—Ese fué el primero, y ya sabéis que no quise seguirle.

—Pues bien, entonces adelante; vamos á casa del mariscal.

—¿Cómo! ¿me acompañáis?

—Querido príncipe, cuando no se puede impedir que un loco cometa locuras y se quiere á ese loco como yo os quiero, es necesario participar también de esa locura á fin de procurar sacar el mejor partido posible de ella. Vamos donde queréis.

—Querido almirante, ya me diréis qué brecha hay que asaltar ó qué emboscada es necesario salvar para seguiros, y á la primera ocasión no os seguiré sino que iré delante.

—Vamos, vamos á la habitación del mariscal.

Y los dos se dirigieron hacia la puerta principal del Louvre, donde el almirante, después de haber dado el santo y seña, entró seguido del príncipe de Condé.

El mariscal de Saint-André, en su calidad de chambelán del rey, ocupaba uno de los departamentos del Louvre.

Una vez ante la puerta, llamó el almirante, pero la puerta estaba entornada solamente y cedió bajo la presión de la mano.

En la antecámara había un criado.

—Amigo, dijo el almirante, aun cuando la hora es algo intempestiva, ¿está visible el señor mariscal?

—Siempre lo estaría para su excelencia, respondió el criado; pero un acontecimiento inesperado le ha obligado a pasar inmediatamente a la cámara del rey.

—¿Un acontecimiento inesperado? exclamó Condé.

—Precisamente un acontecimiento semejante nos trae aquí, dijo Coligny, y tal vez sea el mismo. ¿No es acaso cuestión de una piedra que ha roto los vidrios de una de las ventanas?

—Ciertamente, monseñor, y que ha caído a los pies del señor mariscal en el momento que se dirigía desde su despacho a la alcoba.

—Ya veis como yo conocía el acontecimiento y quizás hubiera podido dar algún detalle al señor mariscal si pudiera hablar con él.

—Si el señor almirante quiere esperarle y pasar entretanto a las habitaciones de la señorita de Saint-André, creo que no tardará mucho en venir el señor mariscal.

—Pero la señorita quizás estará acostada, repuso el príncipe, y por nada del mundo quisiéramos ser indiscretos.

—¡Oh! monseñor, dijo el criado que acababa de reconocer al príncipe. Tranquilícese Vuestra alteza, porque hace poco hablé con una de las camareras de la señorita, y según me ha dicho, no quería acostarse hasta que su padre volviera y le explicase el significado de esa carta.

—¿De qué carta? preguntó el almirante.

El príncipe le tocó con el codo.

—¡Toma! dijo, la que probablemente iba atada á la piedra.

Y después continuó en voz baja, dirigiéndose á su primo: —Es un medio que yo he solido emplear muchas veces y que me ha dado buen resultado.

—Pues bien, dijo el almirante dirigiéndose al criado, preguntad á la señorita de Saint-André si se digna recibirnos.

Marchó el criado, y al cabo de algunos segundos volvió anunciando á los dos señores que la señorita de Saint-André les esperaba.

Entonces, precedidos del criado, entraron en el corredor que conducía al departamento de Carlota.

—Convenid, querido príncipe, dijo á media voz el almirante, que me obligáis á hacer un oficio bien extraño.

—Querido primo, repuso Condé, ya conocéis el proverbio de «No hay ningún oficio malo», sobre todo cuando se hace por verdadero afecto.

El criado anunció á su alteza el príncipe de Condé y á su excelencia el almirante Coligny.

Después se escuchó la voz de la señorita de Saint-André, que decía:

—Que pasen.

El criado desapareció, y los dos caballeros entraron en el aposento de Carlota, en medio del cual estaba aquel candelabro de cinco brazos cuya luz hacía tres meses contemplaba el príncipe á través de los vidrios y de los cortinajes de aquella habitación.

Esta era un gabinetito tapizado de raso azul claro, en el cual la señorita de Saint-André, blanca, sonrosada y rubia, parecía una náyade en una gruta de azuladas aguas.

—Señorita, dijo el príncipe como si estuviera tan emocionado que no se ocupara de hacer los cumplimientos ordinarios, ¿os ha sucedido algo á vos ó al señor mariscal?

—¡Ah! dijo Carlota, ¿de modo que sabéis ya el suceso?

—Sí, señorita, salíamos del Louvre el almirante y yo, y precisamente pasábamos bajo vuestras ventanas cuando una piedra ha cruzado silbando por encima de nuestras cabezas al mismo tiempo que hemos escuchado el ruido de los vidrios rotos. Llenos de inquietud, hemos vuelto á entrar en el Louvre, y nos hemos tomado la libertad de preguntar á vuestros criados si le había ocurrido algo al señor mariscal. Uno de ellos nos ha dicho, quizás con alguna imprudencia, que nos podíamos informar de vos misma, pues á pesar de la hora tan avanzada quizás consentiríais en recibirnos. El señor almirante vacilaba, pero el interés que me inspira tanto el señor mariscal como algunas otras personas de su familia, me hizo insistir, y bien seamos indiscretos ó no aquí nos tenéis.

—Sois muy bueno, príncipe, y os agradezco mucho el interés que os inspiramos; pero el peligro, si es que existe, se dirige á cabezas más altas que las nuestras.

—¿Qué queréis decir, señorita? preguntó vivamente el almirante.

—Esa piedra que ha roto los vidrios estaba envuelta en una carta casi amenazadora dirigida al rey; mi padre la ha recogido y la ha llevado á su destino.

—Pero, preguntó el príncipe á quien se le había ocurrido una idea, ¿se ha dado aviso al capitán de guardias?

—Lo ignoro, monseñor; pero en todo caso, si no se ha hecho debe hacerse.

—¡Oh! desde luego, y no hay que perder un minuto, continuó el príncipe.

Y dirigiéndose á Coligny, preguntó:

—¿No es vuestro hermano Dandelot quien ejerce esta semana el mando en el Louvre?

—El mismo, querido príncipe, repuso el almirante cogiendo al vuelo la idea de Condé, y yo mismo voy á decirle que redoble la vigilancia, que cambie el santo y seña y que adopte toda clase de precauciones.

—Id, señor almirante, dijo el príncipe satisfecho de ser tan bien comprendido, y Dios quiera que aun lleguéis á tiempo.

El almirante sonrió y se retiró, dejando al príncipe de Condé solo con la señorita de Saint-André.

Esta fijó una mirada burlesca en el que se alejaba, y dijo después, dirigiéndose al príncipe:

—¡Y todavía se dice que Vuestra alteza no quiere al rey como á su propio hermano!

—¿Quién puede decir semejante cosa, señorita?

—La corte en general y yo en particular.

—Que la corte lo crea no me sorprende, porque pertenece á M. de Guisa, mientras que vos...

—Yo no le pertenezco todavía, pero voy á pertenecerle; esta es la única diferencia que existe entre el presente y el futuro.

—¿De modo que ese matrimonio inconcebible está en camino de realizarse?

—Más que nunca, monseñor.

—No sé por qué, dijo el príncipe, se me ha puesto en la cabeza, ó mejor diría en el corazón, que ese matrimonio no se realizará.

—Si no fueseis tan mal profeta, príncipe, habría motivo para asustarme.

—¡Dios mío! ¿cómo ha podido perder su reputación mi ciencia astrológica respecto á vos?

—No echéis á nadie la culpa; habéis sido vos mismo.

—¿Cómo es eso?

—Anunciándome que os amaría.

—¿Yo he anunciado eso?

—Ya veo que habéis olvidado el día de la pesca maravillosa.

—Para olvidarlo, señorita, sería necesario que hubiese roto las mallas de la red en que me cogisteis.

—Decid más bien la red en que os enganchasteis vos mismo, porque, á Dios gracias, no he tendido ningún anzuelo para cogeros.

—Pero me habéis atraído á vos como esas sirenas de que habla Horacio.

—¡Oh! dijo la señorita de Saint-André, familiarizada con el latín, como todas las mujeres de aquel tiempo, casi tan pedantes como galantes; *desinit in piscem*, dice Horacio, y miradme bien á ver si yo tengo el medio cuerpo de pescado.

—No, pero sois todavía más peligrosa, porque tenéis la voz y los ojos de las encantadoras antiguas. Sin saberlo, inconscientemente quizás, me habéis atraído hacia vos, y os

lo juro, señorita, estoy indisolublemente encadenado por vuestro amor.

—Si prestara fe á vuestras palabras, tendría que compadeceros sinceramente, príncipe, porque amar sin esperanza me parece el más cruel dolor que puede sufrir un corazón sensible.

—Compadecedme con toda vuestra alma, porque jamás un hombre tan enamorado como yo ha sido menos amado.

—Me rendiréis al menos la justicia, dijo sonriendo la señorita de Saint-André, de que os he prevenido á tiempo.

—Con perdón vuestro, he de deciros que es ya muy tarde.

—¿Y de qué era data el nacimiento de vuestro amor, de la era cristiana ó de la egira mahometana?

—De la fiesta del *Landi*, señorita. De aquel día desgraciado ó dichoso en que me aparecisteis envuelta en vuestra manta con los cabellos sueltos por el viento y serpenteando en ondas rubias alrededor de vuestro cuello de cisne.

—Pero ¡si apenas me hablasteis ese día, príncipe!

—Probablemente os miré demasiado, y la vista mató la palabra. A las estrellas no se les habla, se las mira, se sueña y se espera.

—¿Sabéis, príncipe, que M. Ronsard estaría celoso de semejante comparación?

—¿Os sorprende?

—Sí, no os conocía como tan aficionado á la poesía.

—Los poetas, señorita, son los ecos de la naturaleza; ésta canta y los poetas repiten sus cantares.

—¡Magnífico, príncipe! ya veo que se os ha calumniado diciendo que no teníais más que inteligencia, y me estáis demostrando poseer una espléndida imaginación.

—Es que tengo en mi corazón vuestra imagen, y es ella la que inspira mis palabras; no atribuyáis más que á vos sola ese mérito que me concedéis.

—Pues bien, príncipe, creedme; cerrad los ojos, no miréis más mi imagen; es todo lo mejor que puedo desearos.

Y la señorita de Saint-André, tan satisfecha por la victoria como Luis de Condé estaba humillado por la derrota, dió un paso hacia él y le dijo, tendiéndole la mano:

—Tomad, príncipe; he aquí cómo trato yo á mis vencidos.

El príncipe cogió aquella mano blanca, pero fría, y apoyó en ella sus ardientes labios.

En este movimiento mal calculado, una lágrima que temblaba entre los párpados del príncipe y que la fiebre del orgullo había pretendido inútilmente absorber, cayó sobre aquella mano de mármol, donde tembló y brilló como un diamante.

La señorita de Saint-André la sintió y la vió á la vez.

—Creo que lloráis de verdad, príncipe, exclamó la joven soltando la carcajada.

—Es una gota de agua después de la tempestad, respondió el príncipe suspirando; ¿qué hay de extraño en ello?

La señorita de Saint-André fijó una mirada encendida sobre el príncipe; pareció dudar un instante entre la coquetería y la piedad; después, sin que hubiera podido decirse cuál de los dos sentimientos la dominaba, ó bajo la influencia de la mezcla de estos dos sentimientos quizás, sacó del bolsillo un finísimo pañuelo de batista, perfumado con el aroma que la era habitual, y arrojándoselo al príncipe, le dijo:

—Tomad, monseñor, y si por desgracia estáis sujeto á esa enfermedad de llorar, ahí tenéis un pañuelo para secar vuestras lágrimas.

Después, con una mirada que daba hasta cierto punto razón á la coquetería, continuó:

—Guardadle en memoria de una ingrata.

Y ligera como una hada, desapareció.

El príncipe, casi loco de amor, apretando aquel pañuelo en su mano y como si temiera que se le privase de aquel precioso regalo, se lanzó por las escaleras, no acordándose de la vida del rey amenazada ni de que su primo había de ir á buscarle á la habitación de la señorita de Saint-André, no ocupándose más que de besar amorosamente aquel precioso pañuelo.

VII

LA VIRTUD DE LA SEÑORITA DE SAINT-ANDRÉ

Únicamente á la orilla del río se detuvo el príncipe, como si aquellos quinientos pasos que acababa de poner entre él y la señorita de Saint-André pudieran asegurarle la posesión tranquila del precioso pañuelo.

Entonces únicamente se acordó del almirante y de la promesa que le hizo de esperarle, y todavía pasó un cuarto de hora acercando el pañuelo á sus labios ó estrechándole contra su pecho, como habría podido hacer un estudiante de diez y seis años en su primer amor.

Pero, en realidad, ¿estaba allí esperando al almirante, ó permanecía en aquel sitio para ver todavía aquella ventana iluminada que tenía el privilegio indiscutible de atraerle incesantemente hasta que se abrasara en el resplandor que de ella brotaba?

Mas no necesitaba esto. Bien inflamado estaba el pobre príncipe, y aquel perfumado pañuelo contribuía á incendiarle más.

Lejos de creerse vencido, el orgulloso campeón del amor todavía esperaba algo, y si oculta tras de los cortinajes de la ventana la joven le hubiese podido ver á la luz de la luna, una segunda lágrima, lágrima de dicha, hubiera visto brillar entre los párpados del príncipe y hubiera comprendido que aquel pañuelo, en vez de secar el llanto tenía el privilegio de provocarle, y que las lágrimas de dolor habían sido sustituidas por las de felicidad.

Después de algunos minutos pasados entre los transportes de amor y los apasionados besos, uno de los sentidos del príncipe que estaba desocupado y que sin duda quiso vengarse del abandono en que se le dejaba, fué excitado por un rumor inesperado.

Este sentido era el del oído y el rumor que acababa de percibir procedía indudablemente del pañuelo.

Era algo así como el rumor de las hojas secas de los árboles agitadas por los primeros vientos de otoño, ó como el zumbido de un enjambre de abejas entrando en la colmena, ó como las notas melancólicas que dejan percibir las gotas de agua que caen en el pilón de las fuentes.

Finalmente, lo que al príncipe absorbía era una especie de crujido semejante al que produce una tela de seda estrujada entre los dedos.

¿De dónde procedía?

Aquel delicado pañuelo de batista no podía producir por sí mismo el extraño ruido que acababa de percibir el oído del príncipe.

Éste fué desenvolviendo cuidadosamente el pañuelo, que al fin le descubrió inocentemente su secreto.

El ruido procedía de un pedacito de papel, cuidadosamente enrollado, que sin duda se había deslizado entre los pliegues del pañuelo.

Aquel billete no sólo estaba impregnado en la fragancia del pañuelo, sino que tal vez era él quien le había prestado su perfume.

M. de Condé apretaba entre el pulgar y el índice el papel con la misma precaución que un niño emplea con pueril impaciencia para coger las alas de una mariposa suspendida en el cáliz de una flor.

Pero del mismo modo que la mariposa se escapa, el billete, arrebatado por un soplo de aire, se escapó de entre los dedos de Condé.

Éste le vió flotar en la semi oscuridad de la noche como un pequeño copo de nieve, y corrió tras él como el niño en pos de la mariposa.

Desgraciadamente el papel fué á caer entre las piedras talladas para las construcciones del palacio, y como su color se confundía casi con el de las piedras, era muy difícil distinguirlo.

El príncipe se puso á buscarle con afán.

Poco á poco fué creyendo, porque los enamorados suelen tener suposiciones muy raras, que la señorita de Saint-André le había visto bajo sus ventanas, y le había escrito esperando una ocasión para darle aquel billete, y una vez la ocasión encontrada, se lo entregó envuelto en el pañuelo.

Aquel billete le daba probablemente la explicación de su conducta y el pañuelo no había sido más que el correo para la conducción del billete.

Perder un documento de esta clase hubiera sido una gran desgracia; pero no se perdería, porque el príncipe de Condé juraba no moverse de allí hasta la mañana siguiente, y seguía buscando entretanto, aunque sin poderle descubrir.

Tuvo la idea de dirigirse al cuerpo de guardia del Louvre, pedir una luz y merced á ella buscar el objeto perdido. Mas, y si por desgracia se levantaba un poco de aire durante aquel espacio y se llevaba el papelito?

La situación era algo difícil, cuando tuvo la suerte el príncipe de que se aproximara una de las rondas nocturnas precedida por un sargento que llevaba una linterna en la mano.

Era todo lo que podía desear en aquel momento.

Llamó al sargento, se dió á conocer, le pidió prestada la linterna, y después de diez minutos de pesquisas lanzó un grito de alegría. Acababa de percibir el bienaventurado papel.

Esta vez no tuvo tiempo de huir, porque con una alegría extraordinaria el príncipe le puso la mano encima. Pero al mismo tiempo sintió que otra mano se apoyaba en su hombro y una voz muy conocida le preguntaba con acento de sorpresa:

—¿Qué diablos hacéis ahí, querido príncipe? ¿Estáis buscando un hombre como Diógenes?

El príncipe reconoció la voz del almirante. Entregó la linterna al sargento y dió á los soldados las dos ó tres piezas de oro que llevaba sobre sí, y que constituían probablemente por el momento toda su fortuna.

—Busco una cosa, repuso contestando á su interlocutor, más importante para un enamorado que para un filósofo. Busco una carta de mujer.

—¿Y la habéis encontrado?

—Afortunadamente, porque si no me hubiese obstinado en encontrarla, probablemente mañana se hubiera encontrado

gravemente comprometida una honrada dama de la corte.

—¡Diablo! He aquí lo que se llama un caballero discreto. ¿Y ese billete?...

—No tiene importancia más que para mí, querido almirante, dijo el príncipe guardándose el billete. Ahora decidme, mientras os acompaño hasta la calle Bethisy, lo que ha pasado entre el mariscal de Saint-André y el rey.

—Por mi nombre os digo que ha sido una cosa muy extraña: una carta de recuerdos relativos al suplicio del consejero Anne Dubourg anunciado para el 22.

—Vamos, querido almirante, dijo riendo el príncipe de Condé; eso parece proceder de algún rabioso que no sabe lo que se pesca.

—Yo dudo, dijo Coligny, que eso pueda arreglar los asuntos del pobre consejero. ¿Cómo pedir su gracia en estos momentos? El rey responderá siempre: «No, porque si el consejero no muriese se creería que le perdoné por miedo».

—Pues bien, dijo Condé, reflexionad sobre esa grave cuestión, querido almirante, y no dudo que, merced á vuestro talento, encontréis algún medio de arreglar ese negocio.

Y como que hablando así habían llegado á la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, y que para dirigirse á su hotel estaba obligado el príncipe á cruzar el Sena por el puente de los Meuniers y que los serenos acababan de cantar la una de la madrugada, todo esto le sirvió de pretexto, localidad, distancia que recorrer y hora avanzada de la noche para separarse del almirante y dirigirse á su casa.

Por su parte, el almirante estaba demasiado preocupado para detenerle, de lo que resultó que nada se opuso á la partida del príncipe, el cual, una vez que perdió de vista al señor de Chatillón, echó á correr, sujetando entre su mano, temeroso de que se le perdiera de nuevo, el precioso billete. Pero esta vez no corría ya peligro.

Entrar en su casa, subir en un vuelo los quince ó diez y seis escalones que conducían á su habitación, dar orden á su ayuda de cámara para que encendiese las luces, despedirle diciéndole que no necesitaba sus servicios, cerrar la puerta, aproximarse á las bujías y sacar el papel del bolsillo, todo fué cuestión de diez minutos.

Pero en el momento de desplegar para leer aquel encantador mensaje de amor, porque un billete tan perfumado

no podía ser otra cosa, extendióse una nube ante sus ojos y el corazón le latió con tal violencia que se vió obligado á apoyarse en la chimenea.

Por fin pudo calmarse; esclarecieronse sus ojos y pudieron fijarse en el billete y leer las líneas trazadas en él, que en la dulce ilusión que le halagaba estaba bien lejos de esperar.

¿Y vosotros, queridos lectores? ¿Qué esperabais del contenido de aquella carta envuelta por descuido en el pañuelo que la señorita de Saint-André había arrojado á su desesperado adorador?

¿Vosotros, que conocéis el corazón humano, habéis formado buena opinión de aquella joven que no sentía amor ni por aquel lindo paje ni por este hermoso príncipe, y que daba citas al uno para pedirle una caña de pescar y que arrojaba su pañuelo al otro para que se enjugase el llanto que ella le causaba, y todo esto en el momento en que iba á casarse con un tercero?

La naturaleza produce, efectivamente, corazones de piedra que la sierra mejor templada no podría cortar. ¿Lo dudáis? Pues ved el contenido de aquella carta y no dudareis más.

«No dejéis, amor mío, de ir mañana, á la una de la madrugada, á la cámara de las Metamorfosis. La que nos reunimos la pasada noche está demasiado cerca de las habitaciones de las dos reinas. Nuestra confidente cuidará de que esté entornada la puerta.»

La carta estaba sin firma y la letra era desconocida.

—¡Oh perversa criatura! gritó el príncipe, pegando un puñetazo sobre la mesa y dejando caer la carta al suelo.

Y después de esta primera explosión que había brotado de lo más profundo de su pecho, el príncipe permaneció durante un breve espacio como aterrado.

Pero bien pronto recobró la palabra y el movimiento, y paseándose precipitadamente por la estancia, exclamó:

—¡De modo que el almirante tenía razón!

Entonces vió la carta que había dejado caer.

—¡De modo, continuó exaltándose cada vez más, que he sido el juguete de una coqueta indigna y esa coqueta es una niña de quince años! ¡Yo, el príncipe de Condé, es decir, el hombre que pasa en la corte por conocer mejor el corazón

de las mujeres, he sido objeto de las burlas de una criatura! ¡Sangre de Cristo! ¡Si me avergüenzo de mí mismo! ¡Yo tratado como un estudiantillo inocente! ¿Y yo he pasado tres meses de mi vida, tres meses de la vida de un hombre inteligente, enamorado como un loco de una mujer indigna! He aquí tres meses de sacrificios perdidos, arrojados al viento, sin objeto, sin razón, sin utilidad, sin gloria. ¡Hay para perder la razón!

Y continuó sus paseos cada vez más furioso.

—¡Oh, sí! prosiguió, ¡ahora ya la conozco y ahora vamos á jugar los dos hasta el final! ¡Vos conocéis mi juego, hermosa señorita, pero yo conozco el vuestro, y yo sabré el nombre de ese galán que no ha podido disfrutar tranquilamente sus placeres!

Y el príncipe estrujó la carta, la guardó, tomó su espada, se puso el sombrero, y cuando se disponía á salir una nueva idea le detuvo.

Se apoyó en la pared, cubrióse la frente con la mano y llevóse un gran rato reflexionando. Después se quitó el sombrero, lo tiró al suelo, volvió á sentarse, y por segunda vez leyó la carta que había producido en su espíritu tan doloroso cambio.

—¡Raza endiablada! dijo cuando terminó la lectura; ¡hembra hipócrita y embustera! ¡me rechazabas con una mano y me atraías con la otra! ¡empleabas contra mí, hombre honrado hasta la necedad, todos los recursos de tu infernal duplicidad, y yo no veía nada, yo no comprendía nada! ¡Era muy leal, y cometí la tontería de creer en la lealtad, era virtuoso, y he estado inclinándome delante de la falsa virtud! ¡Ah! sí, ¡yo lloraré, pero lloraré de despecho y de dicha! ¡Entretanto salid, lágrimas mías, lágrimas de vergüenza y de rabia; salid y borrad las manchas de que me ha cubierto ese amor inmundo, salid y arrastrad, como el torrente, las hojas secas, las últimas ilusiones de mi juventud, las últimas creencias de mi alma!

Y en efecto, aquel espíritu vigoroso, aquel corazón de león empezó á sollozar como un niño.

Agotados los sollozos, volvió á leer la carta una tercera vez, pero ya sin amargura.

El llanto que acababa de derramar no había arrastrado consigo ni las ilusiones de la juventud ni las creencias de alma, porque éstas las pierden solamente aquellos que n

las han conocido, pero en cambio dejan el desprecio y el desdén.

—He jurado hace un instante, dijo, que sabría el nombre de ese galán, y lo sabré. No quiero que se diga que un hombre con el cual ella se habrá reído de mi ridícula pasión, viva después de haberse burlado de mí. Pero ¿quién es ese hombre? prosiguió el príncipe. ¿Quién puede ser?

Y volvió á leer la carta.

—Conozco la letra de casi todos los caballeros de la corte, dijo, desde la del rey hasta la de M. de Mouchy, y no conozco ésta. Parece que es letra de mujer, lo que demuestra que la letra está contrahecha. «A la una de la madrugada, mañana, en la sala de las Metamorfosis», dice esta carta. Esperemos á mañana. Dandelot está de semana en el Louvre, él me protegerá, y si tengo necesidad el almirante.

Y tomada esta resolución, el príncipe dió tres ó cuatro paseos por la estancia y concluyó por dejarse caer sobre el lecho completamente vestido.

Pero las diversas emociones que había sufrido le produjeron una fiebre que no le permitió cerrar los ojos.

Ni en la víspera de una batalla, por peligrosa que hubiera podido ser, pasó una noche semejante.

Felizmente estaba muy avanzada, y eran ya las tres cuando el príncipe se acostó.

Al amanecer se levantó, salió de su casa, y se dirigió hacia la del almirante.

Éste, que era muy madrugador, estaba ya de pie, y al ver á M. de Condé no pudo menos de asustarle su palidez y su agitación.

—¡Dios mío! exclamó, ¿qué tenéis, querido príncipe? ¿qué os sucede?

—¿Recordáis que la pasada noche me encontrasteis buscando una carta entre las piedras del Louvre?

—Sí, y que tuvisteis la fortuna de encontrarla.

—¡La fortuna! Efectivamente, creo que eso fué lo que dije.

—¿No era de una mujer?

—Sí.

—Y esa mujer...

—Como habéis dicho, primo, es un monstruo de hipocresía.

—Eso quiere decir que se trata de la señorita de Saint-André.

—Tomad, leed, ahí tenéis la carta que había perdido y que el viento me arrebató del pañuelo que ella me había dado.

El almirante leyó la carta que le entregó Condé.

En el momento de terminar su lectura entró Dandelot, que llegaba del Louvre, donde había pasado la noche.

Dandelot tenía la misma edad que el príncipe y eran íntimos amigos.

—¡Bien llegado, querido Dandelot! exclamó el príncipe: he venido á ver al almirante con la esperanza de encontraros aquí.

—Y aquí me tenéis, príncipe.

—Quiero pedir os un servicio.

—Estoy á vuestras órdenes.

—He aquí de lo que se trata. Por una causa que no puedo revelaros, tengo necesidad de entrar esta noche antes de las doce en la cámara de las Metamorfosis. ¿Tenéis algún motivo para impedirme el paso?

—Sí, monseñor, y con gran dolor de mi parte.

—¿Por qué es eso?

—Porque Su majestad ha recibido esta noche una carta llena de amenazas, en la cual declara su autor que tiene medios de llegar hasta la cámara del rey, y éste ha dado las órdenes más severas para impedir, desde las diez de la noche, la entrada en el Louvre á todos los caballeros que no estén de servicio.

—Pero, querido Dandelot, esa medida no reza conmigo, porque hasta ahora he podido entrar en el Louvre en cualquier ocasión, y á menos que no sea personalmente contra mí la medida tomada...

—No hay que decir, monseñor, que esta medida se haya tomado contra vos particularmente, sino contra todo el mundo, y vos estáis comprendido en la generalidad.

—Pues bien, Dandelot, es necesario hacer una excepción en favor mío por motivos que conoce el almirante y que son completamente extraños á lo que sucede. Por una causa enteramente personal tengo necesidad de entrar á media noche en la sala de las Metamorfosis, y es preciso al mismo tiempo que mi visita permanezca ignorada hasta para el mismo rey.

Dandelot vacilaba avergonzado de rehusar alguna cosa al príncipe. Así fué que se volvió hacia su hermano, interrogándole con la mirada lo que debía hacer.

El almirante hizo un movimiento con la cabeza, como significándole que no tuviera cuidado, que él respondía.

Dandelot tomó su partido y dijo:

—Entonces, monseñor, aseguradme que el amor entra por algo en vuestra expedición á fin de que si se me reconviene lo sea al menos por una causa que pueda disculpar á un caballero.

—¡Oh! respecto á eso, no tengo nada que ocultaros, Dandelot. Por mi honor os digo que el amor es la causa única que me obliga á pedir os ese servicio.

—Pues bien, monseñor, estamos convenidos, y á media noche os introduciré en la cámara que deseáis.

—Gracias, repuso el príncipe tendiéndole la mano, y si alguna vez tenéis necesidad para un asunto de esta especie ó de cualquier otra de un segundo, contad únicamente conmigo.

Y después de estrechar la mano de los dos hermanos, el príncipe de Condé descendió rápidamente la escalera del palacio de Coligny.